

derecha del Sena ; en todo aquel tiempo ni se oyó una sola voz ni se alzó una sola visera. Por último, serían las once de la mañana cuando dieron vista á una plaza de guerra.

— Señor, dijo Tanneguy al jinete que iba á su lado, aquí ya podéis alzar la visera y gritar en alta voz : « San Carlos y Francia, » porque ahí ondea la blanca enseña de los armañacs, y vais á entrar en vuestra muy noble y leal ciudad de Melun.

Tal fué exactamente la noche que veló sus primeras armas y la primera jornada de guerra que hizo el delfín Carlos, que la historia apellidó después el *Victorioso*.

jadós de sus alojamientos y entregados al furor del populachó.

Despedazaban hasta las mujeres y niños. Arrojaron á la calle el cadáver de una mujer en cinta ; y como advirtiesen los asesinos que la criatura se moviese en el vientre, exclamaron, riéndose unos con otros : Mirad, mirad, el cachorro resuella todavía. Cometían mil atrocidades con los cuerpos muertos ; no escapaba uno sin que se le hiciese en el pecho una cruz ó una banda de sangre : los cuerpos del conde de Armañac, del canceller Roberto-Massón y de Raimundo de la Guerra, fueron paseados por la ciudad en unas parihuelas y expuestos en seguida durante tres días en las gradas de palacio. »

M. de Barante tomó todos estos apuntes de Juvenal de los Ursinos, autor contemporáneo, de quien ya tienen noticia nuestros lectores.

### La paga de un gran servicio.

Los motivos políticos que detenían lejos de la capital al duque de Borgoña, son fáciles de explicar.

Desde el punto en que otro más feliz que él se apoderó de París, pensó no disputarle el honor que á él solo pertenecía ; pero al propio tiempo discurrió sacar de aquel acontecimiento el mayor partido posible. No le fué difícil prever que la reacción natural que es consiguiente á semejantes trastornos, arrastraría tras sí asesinatos y venganzas sin cuento, las cuales no podría estorbar si se presentaba en París, de otro modo que perdiendo su popularidad, al paso que la ausencia le evitaba la responsabilidad de la sangre derramada. Por otra parte, aquella sangre la daban los armañacs, y era una copiosa sangría que debilitaba para mucho tiempo el partido en el que más enemigos contaba : sus adver-

sarios irían cayendo uno en pos de otro, sin que él se tomase ni aun el trabajo de herirlos. Más tarde ya era otra cosa : después que el pueblo se hubiese cansado de matar ; cuando la ciudad llegase á aquel estado en que da á entender por su hartura que necesita un freno que la aquiete ; cuando sin pena y sin riesgo pudiese salvar los mutilados restos del partido contrario, sería oportuno entrar en París, como el ángel de la guarda de sus murallas, apagando el fuego, estancando la sangre y proclamando paz y amnistía general.

El pretexto en que fundaba su ausencia tiene tal ilación con lo restante de esta historia, que es indispensable que le pongamos en conocimiento de nuestros lectores.

El gallardo joven sire de Giac, que hemos visto disputar á los de Graille y de Ile-Adam el corazón de Isabel de Baviera en el castillo de Vincennes, había según ya dejamos dicho, acompañado á la reina á Troyes. Encargado por su soberana de varios mensajes importantes para el duque de Borgoña, tuvo ocasión de fijar la atención en la corte del príncipe, en Catalina de Thian, una de las camaristas de la duquesa de Charolais (1). Como

(1) El conde de Charolais, hijo del duque Juan, estaba casado con la princesa Micaela, hija del rey Carlos VI.

joven, valiente y gallardo, creyó que estas tres cualidades, unidas á la confianza que le daba la convicción de poseerlas, eran títulos suficientes para aspirar al amor de tan hermosa cuanto noble doncella : admiróse, pues, sobremanera cuando advirtió que sus obsequios eran recibidos ni más ni menos que los que la tributaban los demás señores. La idea de que tenía un rival fué la primera que le ocurrió á sire de Giac ; siguió por doquiera á Catalina de Thian, espío sus menores acciones, observó hasta sus miradas, y acabó por convencerse, á pesar de la perseverancia de los celos, de que ninguno de los jóvenes que le pretendían era más feliz ni más afortunado que él. Empero él era rico ; tenía un nombre ilustre, por lo que juzgó que la oferta de su mano halagaría la vanidad de la joven á falta de amor. La respuesta de la señorita de Thian fué á la vez tan lacónica y fina que sire de Giac perdió todas sus esperanzas, sin conseguir por eso perder su amor. Tan apasionado estaba, que creía volverse loco á fuerza de cálculos y conjeturas que á nada le conducían : el único recurso que le quedaba era la ausencia ; tuvo energía bastante para llamarla á su socorro : presentóse por consiguiente á recibir órdenes del duque, y regresó al lado de la reina.

No se habían pasado seis semanas cuando un nuevo mensaje le hizo volver á Dijón. La ausencia le había sido más favorable que la presencia. El duque le recibió con mayor agasajo, y la señorita de Thian, con mayores muestras de predilección; dudó algún tiempo de su felicidad; por último, el duque Juan le hizo un día la oferta de hablar en favor suyo á la que amaba. Tan poderosa protección debía allanar muchas dificultades; sire de Giac aceptó la oferta lleno de alegría, y dos horas después tuvo una respuesta tan favorable como se ca había sido la primera, lo cual probaba, ó que la señorita de Thian había fijado más detenidamente su atención en las bellas prendas del caballero, ó que el influjo del duque había sido muy poderoso; y en ambos casos, que no hay que desanimarse del todo por la primera negativa de una mujer.

El duque manifestó que no volvería á entrar en París hasta que se celebrasen las bodas de los dos jóvenes. Fueron magníficas y espléndidas. El duque pagó los gastos; por la mañana hubo justas y torneo: la comida se suspendió varias veces para dar lugar á magníficos intermedios, y por la noche se representó con gran aclamación un oratorio, cuyo asunto era Adán recibiendo á Eva de manos del Señor. Hizóse venir al efecto un poeta de gran

nombradía, el cual, además de reembolsarse los gastos del viaje, recibió veinticinco escudos de oro. Pasaron todas estas cosas del 15 al 20 de Junio de 1418.

El duque Juan pensó por último en hacer su entrada en la capital. Comisionó á sire de Giac para que le precediera y anunciase su llegada. Este no consintió en separarse de su tierna esposa, sino después de haber conseguido que el duque la nombrase dama de honor de la reina, y de este modo pudiese entrar con ella en París. De Giac iba encargado además de avisar al paso á Isabel de Baviera, que el duque estaría en Troyes el 2 de Julio y que estuviere prevenida para encaminarse á la capital.

El 14 de Julio se despertó París al bullicioso clamoreo de las campanas. El duque de Borgoña y la reina estaban en la puerta de San Antonio; toda la población se hallaba en la calle; todas las casas de la carrera estaban colgadas de tapices como en día de procesión; todas las fachadas y graderías llenas de flores; todos los balcones de mujeres. Seiscientos hombres del común de la ciudad, vestidos con túnicas azules y conducidos por el señor de Ile-Adam y sire de Giac, salían á recibir al duque y á la reina y á entregarles las llaves de la ciudad

como á vencedores: después seguía el pueblo, dividido en gremios y corporaciones, cada cual bajo su respectivo estandarde, victoreando con alegría, sin duda para olvidar el hambre que pasaron el día antes y distraer la que ya les estaba amenazando para el siguiente.

El cortejo llegó por fin adonde se hallaban la reina, el duque y su comitiva esperando á caballo. Dirigióse al duque el encargado de la villa, que llevaba las llaves de oro en una bandeja de plata, é hincó la rodilla en tierra delante de él.

— Señor, dijo Ile-Adam tocándolas con la punta de su espada, ahí tenéis las llaves de vuestra ciudad; nadie ha osado recibirlas en vuestra ausencia, y todos os esperábamos con anhelo para entregarlas.

— Dádmelas vos, sire de Ile-Adam, dijo el duque, porque en ley y conciencia vos tenéis derecho á tocarlas antes que yo.

Ile-Adam echó pie á tierra y presentó las llaves respetuosamente al duque; éste las colgó en el arzón de la silla, frente de su hacha de armas. Mucha gente culpó aquella atrevida acción de parte de un hombre que entraba como pacificador y no como enemigo; pero era tal la alegría de volver á ver á la reina y al duque, que aquel incidente no

entibió en lo más mínimo el público entusiasmo.

Adelantóse entonces un vecino de la ciudad, y presentó al duque dos coletos de terciopelo azul, uno para él y otro para el conde Felipe de San-Pol, su sobrino (1).

— Gracias, señores, contestó él; alabo vuestro pensamiento, porque habéis adivinado sin duda el gusto que tendría en entrar en la ciudad llevando los colores de la reina.

Quitóse entonces su larga túnica de terciopelo, pusóse el colete que acababan de presentarle, y mandó á su sobrino que hiciese otro tanto. Al ver aquello gritó el pueblo á una voz: ¡ Viva Borgoña! ¡ Viva la reina!

Sonaron las trompetas y clarines, separáronse en dos filas los vecinos, y colocáronse al lado del duque y de la reina: el pueblo los seguía apiñándose y voceando.

Por lo que hace á sire de Giac, luego que divisó á su mujer entre las damas de madama Isabel, dejó el puesto que la etiqueta la tenía destinado, y ocupó á su lado el que su impaciencia deseaba. La comitiva rompió la marcha.

(1) El conde de San-Pol era hijo del duque de Frabante, muerto en la batalla de Azincourt.

Por toda la carrera resonaban gritos de alegría y esperanza en cuanto descubrían aquel brillante acompañamiento; caían las flores de los halcones como una lluvia embalsamada y cubrían el empedrado por donde pasaba el caballo que montaba la reina; parecía que la gente deliraba de gozo y entusiasmo. Era cosa de llamar loco á cualquiera que en medio de aquella fiesta hubiese venido á decir que las mismas calles donde se deshojaban tantas flores, donde se dejaban oír tantos gritos de júbilo en aquel momento, habían estado cubiertas de sangre la víspera y habían sido testigos de la agonía de infinitas víctimas.

Llegó la comitiva frente del Palacio de San Pablo, en cuyas gradas aguardaba el rey. La reina y el duque echaron pie á tierra y subieron las gradas: el rey y la reina se abrazaron y besaron; vitoreó el pueblo con mayor algazara en aquel momento, porque creía que aquel beso entre las dos personas reales ponía fin á sus desgracias: olvidaba que desde Judas acá las palabras traición y beso se escriben con las mismas letras.

El duque puso la rodilla en tierra: el rey le levantó.

— Primo mío, el de Borgoña, dijo, olvidemos todo lo pasado, porque nuestros disturbios han

acarreado grandes desventuras; espero que con la ayuda de Dios y la vuestra pondremos pronto remedio á todos nuestros males.

— Señor, contestó el duque, lo que yo he hecho siempre ha sido para bien de la Francia y gloria de vuestra alteza: los que hayan dicho lo contrario eran más enemigos vuestros aun que míos.

Acabado que hubo estas palabras, besó el duque la mano al rey, que volvió á entrar en el palacio seguido de la reina, el duque y los de su servidumbre. Todo lo dorado entró en el edificio: el pueblo solo se quedó en la calle. Dos guardias colocados á la puerta del palacio establecieron en breve la barrera que separa señor y vasallos, majestad y pueblo. ¿Qué importa? el pueblo estaba en aquel momento alucinado en demasía para reparar en que á él era únicamente á quien no se le había dirigido una sola palabra, á quien no se le había hecho ninguna promesa. Dispersóse gritando: ¡Viva el rey! ¡Viva Borgoña! y solo allá cuando entró la noche, echó de ver que tenía más hambre que la víspera.

Al día siguiente se formaron, según costumbre, grandes corrillos; como no había fiesta ni acompañamiento que ver pasar, encaminóse el pueblo hacia el palacio de San Pablo, no ya para gritar

viva el rey, viva Borgoña, sino para pedir pan.

El duque Juan se mostró al balcón, y dijo se ocupaba en hallar los medios de remediar el hambre y la miseria que desolaban á París; pero añadió que el hallarlos era empresa difícil por los estragos y rapiñas que los armañacs habían cometido en los alrededores de la capital.

El pueblo se penetró de la fuerza de aquella razón y pidió que le entregaran los presos que estaban en la Bastilla; porque, decían á gritos, los que tan guardados están se rescatan siempre á peso de oro, y nosotros somos los que á la postre pagamos el rescate.

El duque respondió á los hambrientos que verían sus deseos satisfechos. Entregóseles por consiguiente, á falta de pan, una ración de siete prisioneros: fueron éstos messire Enguerrand de Marigny, mártir descendiente de otro mártir; messire Hector de Chartres, padre del arzobispo de Reims, y Juan Taranne, rico vecino de París: la historia ha echado en olvido el nombre de los otros cuatro (1). El populacho los hizo pedazos y con esto se logró que mostrase un poco de paciencia. El duque quitaba de en medio con este motivo siete

(1) Juvenal, Enguerrand de Monstrelet.

enemigos y gozaba además un día de descanso: siempre era un buen beneficio.

Al siguiente día hubo nuevos corrillos, nuevos gritos, nueva ración de prisioneros; pero en esta ocasión el gentío tenía más hambre de pan que sed de sangre: llevó á la cárcel del Chatelet á los cuatro desgraciados con grande asombro de éstos, y los puso en manos del preboste; en seguida acudió en tropel á saquear el palacio Borbón, y habiendo encontrado allí un estandarte en el cual había bordado un dragón se encaminaron derechamente á enseñársele al duque de Borgoña, como una nueva prueba de la alianza de los armañacs con la Inglaterra; hicieronle trizas y arrastraron los pedazos por las calles gritando: ¡ Mueran los armañacs! ¡ mueran los Ingleses! pero sin matar á nadie.

Sin embargo, el duque veía que la sedición iba acercándose á él poco á poco como la marea á las costas, y llegó á temer que el pueblo, después de haberse encarnizado contra las causas aparentes, la emprendiese al fin en pos de las causas reales; por lo mismo reunió por la noche en el palacio de San Pablo á los más opulentos y respetados vecinos de París, los cuales le prometieron que si quería restablecer la paz y volver las cosas á su antiguo y verdadero ser, le ayudarían de buena fe. Confiado

en su apoyo, aguardó el duque más tranquilo el día siguiente.

Al otro día no se oía más que un solo grito, porque no había más que una sola necesidad: ¡ pan! ¡ pan!

El duque salió al balcón y quiso hablar: el vocerío y los gritos cubrieron su voz. Bajó, se introdujo sin armas y con la cabeza descubierta en medio de aquel pueblo amotinado y hambriento, dando la mano á todo el mundo y arrojándoles puñados de dinero. El pueblo se apiñó en torno suyo, estrechándole con su enorme masa, que cada vez se hacía más compacta, y ahogándole con sus oleadas; tan temible es, ya en su cariño de león, ya en su cólera de tigre.

El duque conoció que era perdido si no se valía de la fuerza moral de la palabra para contrarrestar aquella descomunal fuerza física; quiso hacer escuchar otra vez, y su voz se perdió entre otras mil sin ser oída; encaróse, por último, con un hombre del pueblo que parecía ejercer algún influjo sobre aquella masa humana. Éste conoció lo que quería el duque, subióse sobre un guardacantón y dijo:

— Silencio: el duque quiere hablar, escuchadle. La turba obedeció y calló. Llevaba el duque un

exquisito justillo bordado de oro y una preciosa cadena le pendía del cuello: el hombre del pueblo no llevaba más que una caperuza encarnada y raída, una túnica de color de sangre de toro y las piernas al aire. Esto no obstante, había alcanzado lo que en vano había pedido el poderoso duque de Borgoña.

No fué menos feliz, ni dejó de ser tan puntualmente obedecido en sus demás mandatos. Cuando vió que todos guardaban silencio, gritó:

— Ensanchad el corro.

Todos se hicieron atrás.

El duque se mordía los labios de rabia, avergonzado de tener que recurrir á tales extremos y de servirse de tales hombres; volvióse, y subió las gradas de la escalera que tan pesaroso estaba de haber bajado.

El hombre del pueblo, que le seguía, paseó sus miradas sobre la inmensa multitud para averiguar si estaba toda dispuesta á escuchar; y volviéndose después al duque, le dijo con gran naturalidad:

— Ya podéis hablar, señor duque; no os interrumpirán.

Y se echó á sus pies, como un perro á los de su amo.

Al mismo tiempo se colocaron detrás del duque

de Borgoña algunos señores de su servidumbre, que habían salido de palacio por si fuese necesaria su presencia y ayuda. El duque hizo seña con la mano; un *chist* imperioso y prolongado salió á la manera de un rugido de la boca del hombre del colete rojo, y el duque tomó la palabra.

— Amigos míos, dijo, pedís pan, y me veo en la imposibilidad de dárosle: los reyes mismos le tienen escaso en su mesa; en vez de recorrer sin fruto las calles de París, haríais mejor y sacaríais más fruto en sitiar á Marcoussis y Montlhery, donde están los delfineses (1); allí encontraréis viveres, y confundiréis al paso á los enemigos del rey, que vienen á devastarlo todo, hasta la misma puerta de San-Esteban, y no dejan hacer la cosecha.

— No queremos otra cosa, dijo el gentío á una voz, pero necesitamos jefes.

— Señores de Coheu y de Rupes, dijo el duque volviendo un tanto la cabeza y mirando á los visibles que estaban detrás: ¿queréis un ejército? os doy el mando.

— Sí, señor, contestaron ellos acercándose.

— Amigos míos, continuó el duque dirigiéndose al pueblo y presentándole los que acabamos de

(1) Así se llamaban después de la muerte de Armañac los partidarios del delfin.

nombrar, ¿queréis por jefes á estos nobles caballeros? os los ofrezco.

— Esos ú otros, con tal que vayan delante.

— Á caballo entonces, señores, exclamó el duque, y pronto, añadió en voz baja.

Y ya iba á retirarse, cuando el hombre que estaba á sus pies se levantó y le tendió la mano: el duque se la estrechó como había hecho con los otros; era deudor de muchos favores á aquel hombre.

— Dime tu nombre, le preguntó.

— Capeluche, contestó éste quitándose respetuosamente la caperuza con la mano que el duque le dejaba suelta.

— ¿Tu profesión? prosiguió el duque.

— Verdugo de la muy leal ciudad de París.

El duque soltó la mano como si fuera un hierro ardiendo, se hizo atrás y palideció. El más poderoso príncipe de la cristiandad acababa de escoger aquella escalera como un pedestal para pactar delante de todo París con el verdugo.

— Verdugo, le dijo el duque con voz hueca y temblona, anda al gran Chatelet, que allí te espera trabajo.

Capeluche obedeció aquel mandato como hombre que estaba acostumbrado á tales órdenes.

— Gracias, señor, respondió.

Y luego que estuvo al pie de la escalera, añadió en alta voz :

— El duque es un príncipe noble, campechano, y que quiere mucho al pobre pueblo.

— He-Adam, dijo el duque alargando el brazo en la dirección que llevaba Capeluche, mandad seguir á ese hombre ; es preciso que caiga sin tardanza mi mano ó su cabeza.

Aquel mismo día salieron de París los señores de Coheu, de Rupes y messire Gualtero Raillard, con gran número de cañones y otras máquinas á propósito para sitiar plazas. Sobre diez mil hombres de los más acérrimos promovedores de alborotos los siguieron voluntariamente ; cerráronse detrás de ellos las puertas de París y por la noche tendiéronse las cadenas, así en cada extremo de las calles, como en la partes alta y baja del río. Las corporaciones que formaban los vecinos honrados repartían el servicio con los archeros encargados de patrullar y hacer rondas, y aquella noche fue tal vez la primera después de dos meses que empezó y acabó sin que se oyese una sola voz que gritase muera ó fuego.

Entretanto Capeluche se encaminaba hacia el gran Chatelet, muy pagado del apretón de manos que había recibido y de la comisión que le habían

dado, pensando en la ejecución que tendría sin duda lugar al día siguiente, y en el gran honor que le cabría, si como solía suceder y era de esperar en aquella ocasión, la corte asistía al acto. Cualquiera que le hubiese encontrado hubiera dicho al ver su porte desembarazado : Ahí va un hombre contento de sí ; y hubiera adivinado por los movimientos que hacía surcando el aire en diversas direcciones con su mano derecha, que iba haciendo un ensayo mental de la escena en la que creía ser él uno de los principales actores al otro día.

De este modo llegó á la puerta del gran Chatelet, á la cual llamó dando un solo golpe : la prontitud con que abrió el portero era prueba de que había conocido que el que llamaba de aquel modo tenía privilegio para no aguardar.

El carcelero estaba cenando rodeado de su familia y brindó á Capeluche á que se sentara ; éste aceptó con aire de amistosa protección, muy natural en un hombre que acababa de hablar mano á mano con el más poderoso vasallo de la corona de Francia. Por consiguiente arrimó á la pared, cerca de la puerta, su espada y se sentó en el lugar de preferencia.

— Maese Ricardo, dijo Capeluche al cabo de un instante, ¿ quiénes son los principales señores

que tenéis alojados en esta antigua hospedería?

— Ya sabéis, messire, contestó Ricardo, que hace poco tiempo que estoy empleado aquí, con motivo de la muerte de mi predecesor y su mujer, que entregaron el alma á Dios cuando los borgoñones tomaron el Chatelet. Puedo deciros el número de gamellas que bajo todos los días á los presos, pero ignoro el nombre de los que comen la sopa de esta cárcel.

— Sin embargo, sabréis si es grande su número.

— Son ciento veinte.

— ¡ Bueno! maese Ricardo, mañana no serán más que ciento diez y nueve.

— ¿ Cómo así? ¿ Pues qué, hay jarana? ¿ anda alborotada la plebe? exclamó con presteza el carcelero, que temía se reprodujesen con él las escenas que habían costado la vida á su predecesor. Si supiese cuál era el que me iban á pedir, le preparaba corriendo para no hacer esperar al pueblo.

— No, no, repuso Capeluche, ya veo que no me habéis entendido: la plebe está á estas horas andando hacia Marcoussis y Montlhery; conque ya veis que no va muy derecha para venir aquí. No se trata de motín, sino de ajusticiamiento.

— ¿ Estáis seguro de lo que decís?

— Bueno es eso: ¡ que me hagáis á mí esa

pregunta! replicó Capeluche dando una carcajada.

— ¡ Ah, tonto! es verdad, habréis recibido órdenes del preboste.

— No, traigo la noticia de más arriba: la traigo del duque de Borgoña.

— ¡ Del duque de Borgoña!

— Sí, continuó Capeluche meciéndose con dejadez en la silla, que estaba sostenida en el suelo por les pies de atrás únicamente, sí, del duque de Borgoña; no hace todavía una hora que me dió la mano y me dijo: Amigo Capeluche, hazme el servicio de ir cuanto antes puedas al gran Chatelet, y espera allí mis órdenes. Yo le contesté: Señor, podéis contar conmigo; soy vuestro hasta la muerte. Conque es evidente que mañana saldrá á la plaza de la Greve algún noble armañac, y que el duque, que debe asistir sin duda, quiere que se haga la cosa con lucimiento, y por eso me ha encargado de ella. Si no hubiera de ser así, la orden me la hubiera dado el preboste y la hubiera recibido Gorju, mi criado.

No bien acabó estas palabras, cuando se oyeron dos aldabonazos á la puerta exterior: el carcelero pidió á Capeluche permiso para llevarse la luz, y éste hizo con la cabeza una señal de asentimiento:

salió el carcelero y dejó á todos los convidados en tinieblas.

Al cabo de diez minutos volvió á entrar, se detuvo en la puerta del cuarto, la cual cerró con sumo cuidado, miró con una expresión particular á su huésped, y le dijo sin volverse á sentar :

— Maese Capeluche, es preciso que me sigáis.

— Bien está, contestó éste bebiendo de un trago el vino que aun quedaba en su vaso y dando un chasquido con la lengua, como un hombre que aprecia al amigo de quien se va á separar ; bien está, ya sé para qué.

Y maese Chapeluche se levantó y siguió al carcelero, después de haber cogido el espadón que puso al entrar cerca de la puerta.

Unos cuantos pasos por un callejón húmedo, los condujeron á la entrada de una escalera tan estrecha, que parecía que el arquitecto se había penetrado de una manera admirable de que las escaleras no son más que cosas accesorias en una prisión de Estado. Capeluche bajaba por ella con la facilidad de un hombre para quien era familiar aquel camino, silbando al tonillo de su canción favorita, deteniéndose en cada tramo, y diciendo luego que veía que el portero seguía adelante.

— ¡ Oiga ! ¡ Oiga ! pues es un gran señor.

De este modo bajaron hasta sesenta escalones poco más ó menos.

Entonces abrió el portero una puerta tan baja, que maese Capeluche, que era de una estatura muy mediana, se vió obligado á agacharse para entrar en el calabozo con quien comunicaba. Al entrar reparó en su solidez ; era de madera de encina, tenía cuatro dedos de espesor y estaba ferrada de una planchuela de hierro. Hizo un movimiento con la cabeza, como de inteligente que aprueba. El calabozo estaba desocupado.

Capeluche lo advirtió á la primera ojeada, pero pensó que el sentenciado que le iban á enviar estaba en el interrogatorio ó en el tormento ; dejó la espada en un rincón y se dispuso á aguardar al preso.

— Aquí es, dijo el carcelero.

— Bien, contestó lacónicamente maese Capeluche.

Ricardo iba á marcharse llevándose la luz, pero maese Capeluche le pidió por favor se la dejase. Como el carcelero no tenía orden de dejarle sin ella, accedió á la petición. Apenas la tomó Capeluche se puso á registrar los escondrijos ; tan distraído estaba en su requisa, que no oyó que la llave daba

dos vueltas en la cerradura y que echaban los cerrojos por fuera.

Había encontrado entre la paja que servía de cama en aquel calabozo, lo que con tanto cuidado buscaba: era una gran piedra de que se servía el preso para ponerla en vez de almohada.

Puso maese Capeluche la piedra en medio del calabozo, arrastró hacia sí un escaño de madera que allí había, colocó encima la lámpara, fué á tomar su espada al rincón donde la había puesto, mojó la piedra con un poco de agua que se estaba corrompiendo en un cántaro roto, y sentándose en el suelo con la piedra entre las piernas, empezó á afilar su espadón con mucha calma, por si había sufrido algún detrimento en los repetidos servicios que había prestado en los últimos alborotos. Solo interrumpía su tarea para probar el filo pasando el dedo pulgar por el corte y para volver después á su trabajo con mayor afán.

De tal modo absorbía su pensamiento aquella interesante ocupación, que no advirtió que habían abierto y vuelto á cerrar la puerta y que se le había acercado un hombre muy pausadamente. Miróle asombrado un momento el recién llegado y por último rompió el silencio.

— ¡ Por vida mía, dijo, maese Capeluche, os ocupáis en un diabólico trabajo !

— ¡ Ah eres tú, Gorju, dijo Capeluche levantando la vista y volviéndola á fijar sobre la piedra, que absorbía toda su atención ! ¿ qué dices, hombre ?

— Digo que es necesario ser de muy buena pasta para ocuparse en las menudencias en que vos os ocupáis.

— Qué quieres, añadió Capeluche, en todas las cosas que el hombre hace, pone su poco de amor propio ; y no veo por qué no hemos de tenerle en nuestro oficio tan bien como los demás en el suyo. Esta espada, á pesar de que estaba mellada, hubiera podido pasar perfectamente en un motín todavía, porque en esos casos, con tal que uno mate, no importa que sea de una ó de dos veces ; pero el uso que debo hacer con ella mañana, no tiene comparación con el que está haciendo de un mes á esta parte, y por muchas precauciones que uno tome nunca son bastantes cuando se trata de salir con honor de un lance.

Gorju pasó al oír aquello del asombro á la estupidez ; miraba á su amo sin contestarle, y éste se daba cada vez más prisa en su tarea, porque conocía que ya se acababa.

Por último, maese Capeluche levantó de nuevo la vista hacia Gorju.

— ¡ No sabes, le dijo, que mañana tenemos reo ?

— Sí tal, sí tal, contestó éste, lo sé muy á fondo.

— Pues entonces... ¡ de qué te admiras ?...

Y volvió á pasar nuevamente la espada por la piedra.

— ¡ Pero según veo, no sabéis, dijo entonces Gorju, el nombre del que van á ajusticiar ?

— No, respondió Capeluche sin dejar su fanea, eso no me importa, á menos que no sea algún jorobado ; porque en ese caso tendría que tomar de antemano ciertas precauciones en razón á la dificultad.

— No, maese, prosiguió Gorju, el reo tiene el pescuezo ni más ni menos que vos y yo ; y me alegro de ello en el alma, porque como no tengo aun muy suelta la mano...

— ¡ Qué diablos estás diciendo ahí ?

— Digo, que como hasta esta noche no he sido nombrado verdugo en forma, hubiera sido una desdicha que por la primera vez hubiese tenido que despachar á un...

— ¡ Tú verdugo ! dijo Capeluche interrumpiéndole y dejando caer la espada.

— Sí, por Dios. Hace una hora que me ha llamado el preboste y me ha entregado el nombramiento.

Y diciendo esto, sacó Gorju un pergamino de su ropilla y se le presentó á Capeluche. Éste no sabía leer, pero reconoció las armas de Francia y el sello del prebostazgo, y comparándole en su memoria con el suyo, se convenció de que era idéntico.

— ¡ Oh ! exclamó lleno de pena y como un hombre abatido, ¡ hacerme esta afrenta la víspera de una ejecución pública !

— Pero si era imposible que fuérais vos el ejecutor, maese Capeluche.

— ¡ Y por qué ha de ser imposible ?

— Porque vos no podríais ajusticiaros á vos mismo ; sería la primera vez que se viese una cosa igual.

Maese Capeluche empezó á comprender ; fijó los ojos llenos de asombro en su criado, erizóronsele los cabellos y empezaron á destilar desde sus raíces anchas gotas de sudor que bajaban hasta sus enjutas mejillas.

— ¡ Conque es decir que soy yo ! exclamó.

— Sí, maestro, contestó Gorju.

— ¡ Y eres tú !...

— Sí, maestro.

— ¿Quién ha dado esa orden?

— El duque de Borgoña.

— ¡ Es imposible ! aun no hace una hora que me apretó la mano.

— Pues bien está, dijo Gorju, ahora os quiere apretar el pescuezo.

Capeluche se enderezó poco á poco tambaleándose como un borracho y se aproximó á la puerta : agarró la cerradura entre sus férreas y tendinosas manos, y la dió dos sacudidas capaces de hacer saltar los goznes si hubiesen sido menos sólidos.

Gorju le seguía con la vista, y su fisonomía manifestaba por aquel hombre todo el interés que era posible pudiese pintarse en su rostro impávido y atezado.

Cuando Capeluche se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, volvió á sentarse en el sitio en que le había encontrado Gorju, recogió la espada, y poniéndola de nuevo sobre la piedra, empezó á darla la última mano.

— ¿ Otra vez ? dijo Gorju

— Si ha de servir para mí, repuso Capeluche con ronca voz, doble razón para que corte bien.

En aquel instante entró en el calabozo Vaux de Bar, preboste de París, seguido de un sacerdote, y procedió al interrogatorio por mera fórmula. Maese

Capeluche confesó ochenta y seis muertes después de las que había hecho en el ejercicio que desempeñaba ; gran parte de ellas habían sido cometidas en las personas de mujeres y niños.

Una hora después volvió á salir el preboste, dejando á Capeluche con el sacerdote y el criado ascendido á verdugo.

Desde las cuatro de la mañana del siguiente día estaban cubiertas de gente las calles de San-Dionisio, la de Feves y la plaza del Piloni, y los balcones y ventanas de todas las casas tapiadas de cabezas. El matadero grande, inmediato al Chatelet, y la tapia del cementerio de los Inocentes, contigua al mercado, parecía que iban á hundirse bajo el peso que sobre ellas cargaba. La ejecución había sido señalada para las siete.

Á las seis y media un movimiento ondulatorio, un estremecimiento eléctrico, un confuso clamoreo levantado por los que estaban cerca del Chatelet, anunciaron á los de la plaza del Piloni que el reo emprendía la marcha. Había obtenido de Gorju, porque de él dependía este favor, que no sería llevado en burro ni en carreta : venía con paso firme entre el sacerdote y el verdugo novel, saludando con palabra y gesto á los que conocía entre la multitud. Por último, llegó á la plaza del Piloni,

II.

y entró en un círculo como de veinte pies de diámetro, formado por una compañía de archeros; en el centro de aquel círculo había un tajo y delante un montón de arena: el círculo, que se abrió para darle paso, volvió á cerrarse detrás de él. Los que estaban muy distantes habían colocado de antemano en posiciones respectivas sillas y bancos para que les permitiesen ver por encima de las cabezas de los delanteros, cada cual ocupó su puesto en aquel vasto anfiteatro circular, cuyas últimas gradas eran los tejados de las casas, y que parecía un inmenso embudo de cabezas humanas sobrepuestas unas á otras.

Capelucho se fué derecho al tajo, se cercioró de que sentaba bien en el suelo, le volvió un poco más hacia el montón de arena, de que estaba demasiado retirado, y examinó de nuevo el filo de su espadón; después de estas disposiciones, se hincó de rodillas y púsose á rezar en voz baja: el sacerdote le hizo besar el crucifijo. Gorju estaba de pie á su lado apoyado en la espada: la campana empezó á dar las siete, y maese Capelucho gritó: ¡ Misericordia, Dios mío! y puso la cabeza encima del tajo.

Hubo un instante en que parecía que entre tantas bocas no había una sola que respirara, en que

aquella inmensa muchedumbre no hizo el menor movimiento; todos parecían clavados en su sitio; sólo los ojos vivían.

De repente brilló en el aire la espada de Gorju; dió el reloj la última campanada, cayó la espada, y la cabeza fué rodando á dar en el montón de arena, que besó y tiñó de sangre.

El tronco retrocedió por un movimiento convulsivo y contrario, arrastrándose de un modo repugnante sobre manos y rodillas: la sangre saltaba de las arterias del cuello, á la manera que el agua de los agujeros de una regadera.

El gentío dió un grito: era la respiración de cien mil personas que había estado paralizada durante cinco minutos.